

Del confinamiento al infinito

Canto de Taizé: *Nada te turbe, nada te espante,
quien a Dios tiene, nada le falta.
Nada te turbe, nada te espante,
sólo Dios basta.*

Este año la Cuaresma ha adquirido una dimensión nueva e inesperada con el confinamiento que todos debemos guardar. La crisis provocada por el coronavirus y sus consecuencias llena todos los rincones de nuestra realidad, nuestros pensamientos.

Pero esta circunstancia no debería hacernos olvidar que estamos en plena Cuaresma, recordando los 40 días que pasó Jesús en el desierto antes de iniciar su misión. Porque Él es nuestro centro y fundamento, y por eso lo queremos seguir.

Los tiempos de Cuaresma y Pascua son itinerarios profundos que nos llaman a la conversión y a una vida nueva en el seguimiento de Jesús de Nazaret. Y este año especialmente nos ayudarán a pasar del "confinamiento" al infinito, porque el amor encarnado de Dios en Cristo se hace misericordia, perdón, sanación de nuestras vidas y de nuestro mundo, para llevarnos al puerto de la verdadera esperanza en una vida que vence a la muerte en la cruz y que se nos da como vida eterna, como tesoro inagotable, infinito.

La Cuaresma es algo más que un período de penitencia y sacrificio, es un período de apertura y conversión, es un período de renovación bautismal y profundización discipular, en el que buscamos nuestro "propio desierto", para encontrarnos nosotros mismos y redescubrir a Dios en nuestra vida. Por eso la Cuaresma nos llama a la autenticidad, a la limpieza de corazón, para vernos, ver a los demás, al mundo y al propio Dios con pureza de espíritu.

¿Estás listo para tener este encuentro de oración, de "desierto" y dialogar con Dios?

1. UNA CITA EN EL DESIERTO

El desierto es un lugar árido donde es fácil morir de hambre y sed. Después de salir de Egipto, el pueblo hebreo pasó 40 años en el desierto, y los consideró como tiempo de preparación y purificación para entrar a la tierra prometida. En la Cuaresma lo recordamos.

La Cuaresma es un tiempo de penitencia, significado por el color morado de la liturgia. Esto queda especialmente expresado desde el inicio, con el signo de la ceniza, y permanece como una invitación en todo este período, a través de la práctica más intensa de la oración, el ayuno y la limosna. Todo ello lo motiva un intento de "resetear" nuestra vida cristiana en torno a sus ejes fundamentales: una relación más viva con Dios, un orden más humano en nuestro uso de las cosas y una apertura más generosa a los hermanos.



El **desierto** aparece como el lugar donde se expresa y se hace posible esta disposición a convertirnos a Dios y a los hermanos. El desierto es símbolo del despojo ante el Señor y de la confianza en Él. Igual que no hay lugar donde esconderse de las inclemencias del sol o del frío en el desierto, también el penitente renuncia a esconderse de la mirada compasiva del Señor.



Esa mirada deja al descubierto nuestras infidelidades y faltas de compromiso, con la delicada precisión del médico que sabe cómo curar las heridas de nuestro egoísmo. Igual que la precariedad de agua y de alimento en el desierto resalta la existencia del oasis como una gracia, así la Palabra del Señor y su presencia se reciben como verdadero alimento para el camino del discípulo. En el **oasis** de la oración es justo detenerse un instante para agradecer y adorar.

En esta disciplina del desierto nos precede y nos acompaña Jesús (cf. Mt 4,1-11). Sometiéndose a las tentaciones del demonio, Jesús venció por nosotros todas las **pruebas**. Escogió libremente el camino de la humildad y la obediencia al Padre, para que todos pudiéramos recorrer los mismos pasos del Hijo de Dios: la búsqueda insobornable de la voluntad de Dios, renunciando a las compensaciones; la aceptación de los modos y los tiempos de Dios, renunciando a los falsos réditos inmediatos y deslumbrantes; la inquebrantable fidelidad a Dios, frente a la ilusión de una felicidad egoísta, fundada en la falsa seguridad de los ídolos: la posesión de bienes o dinero, el prestigio, el poder, la comodidad, la satisfacción sin dilaciones de cualquier deseo...

Para seguir estos pasos, en medio de nuestras fragilidades y vacilaciones, necesitamos descubrir siempre de nuevo el rostro de Aquel que nos guía: no es un hombre cualquiera, sino el Hijo amado, el Mesías esperado (cf. Mt 17,1-9). En la cumbre del **Tabor**, una voz desde la nube decía: "*Este es mi Hijo, el amado... Escuchadlo*".

¿Con qué disposición estoy viviendo esta Cuaresma? ¿Qué tiempo estoy dedicando a hacer silencio para escuchar a Jesús en esta situación de confinamiento? ¿Cómo lo estoy haciendo? ¿Qué debería hacer para escucharlo mejor?

Silencio meditativo

La oración nos sana

A tus amigos, Señor, les ocurrió lo mismo que nos sucede a nosotros cuando oramos.

Siempre que pasamos un rato contigo comentamos lo bien que nos dejas,
cuánto nos sanas por dentro, cómo nos energizas la vida...

Después viene el trajín de cada día y no volvemos a acordarnos,
te olvidamos enseguida, te traspapelamos en los agobios, en el trabajo,
mientras seguimos recordando nostálgicos, ¡qué bien se estaba contigo!

Nos organizamos la vida dejando para Ti las sobras del reloj.

Vivimos agitados, nos ocupan mil cosas y para un rato que tenemos de descanso...

la tele te gana la partida; una película nos distrae, un libro nos reclama,
tenemos pendiente una llamada, podría hacer una comida, una chapuza o cualquier cosa.

Y sentarnos a tu lado, hablar un poco contigo lo vamos dejando,
aunque estamos convencidos del bien que nos hace, de lo que nos descansas,
nos animas, nos dinamizas y nos habitas.

Subiste con tus amigos a una montaña alta y apartada,
nosotros tenemos que proponernos
buscar el lugar y el momento adecuado.

Cuando estamos contigo a solas, cuando hacemos
silencio, cuando nos ponemos a tu escucha
nos ocurre lo mismo que a Pedro, a Santiago y a Juan,
que nos cambias del todo,
sentimos que nuestra vida se transfigura
porque Tú nos pones en contacto
con lo mejor de nosotros mismos.



Tú nos descansas del trajín cotidiano, nos impulsas a perdonar,
nos reconcilias con nosotros mismos, nos haces los protagonistas de nuestra historia
y nos llenas de tu amor.

Así, de esa manera, podemos con todo y la vida contigo se vuelve una fiesta.
¿Cómo no le vamos a contar a todos este secreto que nos llena de gozo?

Mari Patxi Ayerra

Canto de Taizé: Oh pobreza, fuente de riqueza. Señor, siémbrales alma de pobre.

2. UN ENCUENTRO QUE SALVA

Los tres últimos domingos de la Cuaresma nos ofrecen un hermoso tríptico de encuentros con Jesús, narrados en el Evangelio según San Juan. En cada uno de ellos, se muestra la entraña misma del misterio de la fe, que no consiste primeramente en la aceptación de unas verdades y de unas normas, sino en la adhesión personal a Jesucristo. En la perspectiva de la renovación de las promesas del Bautismo, en estos encuentros adquieren protagonismo los símbolos del **agua**, de la **luz** y de la **vida**, metáfora de nuestra salvación ya presente por la fe.



Como con **la mujer samaritana** (cf. Jn 4, 5-42), Jesús desea iniciar un diálogo con cada uno de nosotros.

Él nos abre su corazón para revelar su secreto: "*Dame de beber*". Jesús tiene sed de encontrarse conmigo, desea que lo acepte como amigo. Y no un amigo cualquiera: Él es el Mesías, fuente de agua viva.

Sólo esta agua es capaz de saciar el ansia de mi corazón, ese corazón que acaso se

encuentra triste, herido, cansado, lleno de rencores, apegado a tantas cosas, agresivo, resignado, desesperado, oculto tras una imagen falsa...

La solución a los sinsentidos y los ídolos que reclaman toda nuestra energía está en "*adorar a Dios en espíritu y verdad*".

¿De qué intento llenar mi corazón? ¿Es solo el amor de Dios lo que habita en él? ¿O hay otros señores que lo dominan y no le dejan latir al ritmo alegre del Evangelio? ¿Hay sentimientos, situaciones, cosas, hábitos... que se enseñorean de mí, hasta condicionar y orientar mi vida lejos de Dios?

Silencio meditativo

Cansado del camino pediste agua

Tú te metiste en la vida de una persona pidiendo ayuda,
que es la mejor manera de caminar juntos.

Señor, que sepamos pedir cuando estemos necesitados,
que sepamos dar cuando tengamos algo que el otro necesita,
que estemos atentos para adivinar su carencia.

Haznos sensibles al hermano, ayúdanos, Jesús, a compartir.

Hablaste con la samaritana, con esa empatía que tenías con las mujeres,
y le sorprendió tu cercanía, porque siempre se te siente cálido y cerca.

Le hablaste de un agua que calma todas las sedes.

Sabes Tú, Señor, que tenemos sed de tantas cosas...

Y Tú eres el agua que calma nuestra sed
de poder, de prestigio, de dinero, de tener razón...
de deseos que nos envuelven y nos succionan la vida.

Tú sabes, Señor, que estamos buscando satisfacer nuestras necesidades,
con compras, viajes, experiencias, aventuras, relaciones y cosas,
pero el vacío interior sigue ahí, en los adentros, rugiendo...
porque de lo que tenemos sed es de Ti, Padre, de tu presencia,
de gozar de tu amor, de gastar la vida en tus cosas.

Te andamos buscando por todos los rincones, pero te ponemos otros nombres:
orden, eficacia, salud, trabajo, bienestar, familia, tareas del reino...
y seguimos corriendo, pero nada nos desasosiega del todo,
porque tenemos la misma sed de felicidad que la samaritana.
Hoy quiero decidir que Tú seas mi única bebida, vivir la vida más contigo,
decirte un sí rotundo, para calmar desasosiegos, para frenar agitaciones,
para dejar que me empapes, calmes mi sed
y me pongas en contacto con ese manantial que llevo dentro,
que eres Tú, que salta dentro de mí, provocando vida sin término.

Mari Patxi Ayerra

Canto de Taizé: De noche iremos, de noche, que para encontrar la fuente
sólo la sed nos alumbra, sólo la sed nos alumbra.



Como **el ciego de nacimiento** (cf. Jn 9,1-

41), también yo quiero sentir la fuerza arrebatadora de la luz nueva de Cristo. Él me abre el horizonte de lo verdadera y plenamente humano: la verdad sobre el mundo, sobre mi vida, mi destino, el sentido de todos mis esfuerzos y todas mis penas...

Jesús me habla de la luz de la vida. Aunque ahora estemos físicamente confinados, no se trata de encerrarnos en nosotros mismos, porque eso nos oscurece, nos ciega. Con su luz, puedo aventurarme a

caminar, guiado por su amor, invitado a compartir su proyecto. Sin la ceguera del egoísmo, de los prejuicios, de la comodidad, de los intereses particulares, de una falsa felicidad solitaria, la fiebre consumista, el éxito profesional o social..., todo se puede ver más claro: Dios en el centro y, con Él, los hermanos.

¿Es la fe la verdadera luz que ilumina mis pasos, cada una de mis ocupaciones y decisiones? ¿Me preocupo por profundizar la fe y hacerla crecer? ¿La alimento en la oración cada día y comulgando espiritualmente en la Eucaristía cada domingo? ¿Me lleva la fe a una actitud continua de humildad y servicio?

Silencio meditativo

Estamos en tinieblas

Encendemos mil luces, pilotos, farolas, focos, carteles luminosos;
vamos al oculista y tenemos todos bien controlada la visión.
Iluminamos nuestras casas, tiendas, recintos, templos... todo rebosa luz,
pero estamos tan ciegos como el del Evangelio, no conseguimos ver.

Tú, Jesús, pasaste a su lado y te fijaste en él. Saliste a su encuentro.
Haz hoy lo mismo con cada uno de nosotros
para que sepamos ver aquello que es necesario ver con el corazón.
Limpia nuestros ojos de ver lo negativo, de ver lo que no tiene remedio,
de ver con mirada juzgadora, con exigencia, con intolerancia.
Limpia nuestros ojos de ver la vida sólo desde nuestro lado,
en vez de saber verla desde el lado del otro, que se ve diferente.

Te compadeciste del ciego, porque Tú has venido para sanarnos,
para no dejarnos más tiempo en tinieblas
y porque no necesitan médico los sanos sino los enfermos.
Nuestro mundo está oscuro, Jesús, y necesita que nos abras los ojos:
para que no veamos las guerras como algo normal que ocurre siempre,
para que no nos acostumbremos al que vive a nuestro lado y nos necesita,
para que abramos los ojos ante los diferentes, los inmigrantes, los que sufren,
para después de mirarles, abrirles el corazón y tenderles la mano.

Danos mirada de hermanos, danos ojos de niño que se sorprende,
haznos ver, como las madres, con cariño y ternura,
danos vista de lince para detectar la necesidad del hermano,
y cierra nuestros ojos para descansar en Ti, al caer la tarde,
sabiendo que Tú estás más interesado aún en cada uno que nosotros mismos.
Danos ojos enamorados de Ti, que contagien tu amor a quien aún esté ciego.

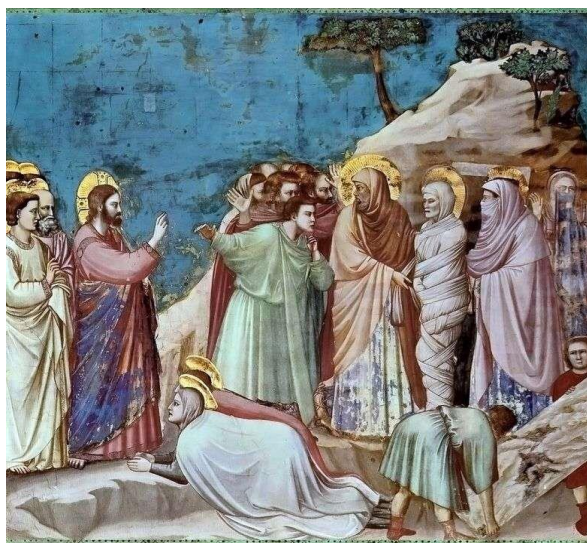
Mari Patxi Ayerra

Canto de Taizé: El Señor es mi luz, y mi salvación.

Como **Lázaro, el amigo de Jesús** (cf. Jn 11,1-45), también yo soy objeto de la predilección del Señor, de su profunda compasión que le hace incluso llorar a veces. Él pide ayuda, a través de su Iglesia, para quitar la losa que impide que mi vida resplandezca con la belleza y la alegría del Evangelio. Aunque ahora deba permanecer físicamente confinado, Él quiere quitar la losa es la que me mantiene en un modo de vida aburrido, mediocre, sin gusto. Jesús, como a Lázaro, me llama por mi nombre y, comunicándome la fuerza de su Espíritu, me dice: "¡Sal afuera!" para abrirme a su horizonte infinito.

¿Hay alguna situación en mi vida que considero irremediable y sin esperanza? ¿Creo de veras en la fuerza de la resurrección que Jesús ha venido a instaurar en el mundo y en mi vida? ¿Desespero de mí mismo, o de otras personas, de la sociedad; o de mi comunidad, de la Iglesia...? ¿En qué dirección me está invitando el Señor a "salir afuera": de dónde he de salir y hacia dónde?

Silencio meditativo



Tú eres vida para nuestras muertes

Tú también lloras la muerte de un amigo, también te duelen las dificultades de la vida.
Tú sabes mucho de malos momentos y de la fuerza del cariño para suavizarlos.
Y sabes también cómo nos venimos abajo ante las contrariedades
y ante las situaciones que no entendemos.
Necesitamos tener el control sobre las cosas, los acontecimientos y las personas,
y el sentirnos tan vulnerables nos desasosiega, nos desespera.
Dices que si tuviéramos fe nada nos sería imposible,
pero la muerte no la podemos entender,
nos sobrepasa, nos separa de los nuestros.
Queremos creer que detrás de toda situación dolorosa hay vida,
que nos encontraremos después, en la casa del Padre,
que somos finitos y, por tanto, debemos ir separándonos unos de otros
y que Tú nos ayudarás a superar el dolor de la distancia.
Eso es lo que tenemos que saber dejar que hagas en nosotros,
cada vez que vivimos una muerte, un dolor, una dificultad aparentemente insoportable.
Contigo la vida es mucho más llevadera.
Tú cercanía nos pone en contacto con todos los recursos personales
y saca lo mejor de unos y otros, pone en circulación
el cariño que nos facilita la vida, que nos hace poder con lo casi imposible.
Tú, Señor, eres bálsamo para nuestras heridas, resurrección para nuestras muertes,
salud para nuestras enfermedades, consuelo para nuestros desamores,
aceptación para nuestros fracasos.
Tú potencias nuestra parte de Marta y de María,
nuestra capacidad activa tanto como la contemplativa.
Tú nos enseñas a ser amigos, compañeros, a humanizar y consolar.
Pon palabras en nuestra boca para compartir alegrías y penas,
para expresar el amor contigo y como Tú.

Mari Patxi Ayerra

Canto de Taizé: La misericordia del Señor cada día cantaré.

3. PASCUA: ABIERTOS AL INFINITO

Vivimos en un mundo en el que para muchos "*Dios ha muerto*". Y con la crisis del coronavirus, mucho más. No se cuenta con Dios para hacer una lectura de la realidad de los valores, de la vida. Dios es el gran ausente en la vida cotidiana no sólo de los no creyentes, sino también de los creyentes: en lugar de vivir el Espíritu del Resucitado, habita el espíritu de la derrota, de la desesperanza.

Quizá el confinamiento agudiza en nosotros el "*síndrome de María Magdalena*", la mujer que vive llorando, sumida en el dolor y la nostalgia de los recuerdos de un Jesús que ha muerto. Lo único que puede hacer es encerrarse en su interior viviendo de los recuerdos pasados, ya que el mundo exterior es cruel, hostil.





Este síndrome nos sumerge a nosotros en el miedo ante el mundo, viviendo sin esperanza alguna, lamentándonos... nos paraliza y nos impide reconocerle entre nosotros.

No hay que buscar, como María Magdalena, un cadáver; hay que buscar al Dios vivo entre nosotros, buscar a Dios con todo el corazón. Dios, en Jesús Resucitado, sale a nuestro encuentro, está entre nosotros, y ahora somos nosotros los que hemos de encontrarlo, y anunciarlo.

Tenemos una razón para la esperanza, un porqué para vivir: **CRISTO HA RESUCITADO**. Está en el camino de la vida, de lo diario, de lo sencillo. Se trata de adentrarnos en lo de cada día con el espíritu del resucitado, mirando lo que hay de amor y de entrega,

todos los signos que provocan en nosotros razones para seguir viviendo y amando.

Se trata de no darse por vencidos, de no quedarnos espiritualmente "*confinados*": el oficio del creyente, del seguidor de Jesús, es rastrear su huella resucitada en medio del mundo y, una vez encontrada, señalarla con esperanza para que otros muchos puedan abrazarse a Él.

La fe en Jesús Resucitado llevó a los primeros cristianos a vivir alegres a pesar de las dificultades tan duras que encontraban. Nuestra fe es la fe en la presencia del Cristo vivo, en Aquél que es Camino, Verdad y Vida, que nos muestra cuál es el sentido de nuestra vida mientras estamos en el mundo, y cuál la grandeza infinita de nuestro destino final.

ORACIÓN FINAL:

Por tu muerte y resurrección,
 Recibe, Señor, nuestro corazón de piedra, y transfórmalo en corazón de carne.
 Recibe, Señor, nuestro orgullo, y transfórmalo en humilde servicio.
 Recibe, Señor, nuestras codicias, y transfórmalas en generosidad.
 Recibe, Señor, nuestra ceguera, y transfórmala en luz.
 Recibe, Señor, nuestros miedos, y transfórmalos en fe.
 Recibe, Señor nuestras crisis, y transfórmalas en madurez.
 Recibe, Señor nuestros sufrimientos, y transfórmalos en sacramentos.
 Amén.

Canto de Taizé: No hay que temer, no hay que temer, no durmáis, no durmáis;
 pues que no hay paz en la tierra, aventuremos la vida.

